

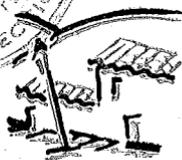
JORGE CARRERA ANDRADE

LA HORA DE LAS VENTANAS LUMINADAS

SELECCION DE
R. OLIVARES F



Anotado por el Jefe de Canjes



11866 Carrera

600/

Jorge Carrera Andrade

LA HORA DE LAS VENTANAS ILUMINADAS

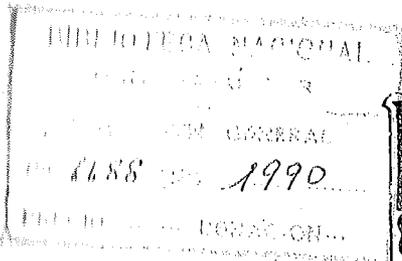
(POESIAS)



Selección precedida de un Ensayo sobre el «Sentido Evolutivo de la Lirica en Carrera Andrade», por

R. Olivares Figueroa,

Profesor Normal, Miembro del Instituto Venezolano de Caracas, Académico Correspondiente de la de Estudios del Niño de Madrid y de la de Ciencias de Córdoba (España), etc.



0001978 - J.

EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1937

Es Propiedad
Registro N.º 5629

COPYRIGHT by
Edit. Ercilla, S. A. 1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

PRÓLOGO

Sentido evolutivo de la lírica en Jorge Carrera Andrade

Nos enfrentamos con nuestro poeta adolescente cuando aún el prestigio de la preceptiva no se ha disipado; pero, Telémaco, a su manera, su Mentor es Athanael, hijo de André Gide. Nathanael define su emoción, y «la importancia de la mirada», norma aprendida de los dibujantes.

Esta medida nos parece oportuna, porque autodidacta «a natiuitate» es contenido de novela sin el impulso inicial o preparatorio que se le comunica. El Robinson árabe de Ibn Tofail, no lo aprende todo de la cierra, en su isla mental, cuando el autor introduce al eremita.

Entra en su primer ciclo Carrera Andrade un poco transpuesto: «La nariz ancha de aspirar el perfume del mundo», sobre la mano la carnosa cabuya, «marmita de profundos licores». Es el momento de la embriaguez y, como sus campesinos, se siente menos solo «porque forma una sola cosa con la tierra». Crisis en que el poeta se cree sensual: el gran error de Carrera Andrade que no ha llegado a darse cuenta de que sus sensaciones, en el palastro al rojo de su piel se tornan esferas, esferas propias para el vuelo, como podría explicarse de un modo físico, dentro de su clima.

Fijémonos en la técnica del color en Carrera Andrade. Creo que la orgía de colores en que ha nacido, ha creado en él cierta inmunidad contra la intoxicación de los «coloristas». Nuestro poeta concibe el color con sobriedad inacostumbrada. No se suma a una escuela, sino que pone escuela. Como Picasso tiene su ciclo azul o su ciclo negro, tiene él su ciclo verde o gualda. Siente la dignidad del color, y su concepto del matiz presenta afinidades con la música y el cubismo. Esta posición, que no es absoluta en Carrera Andrade, tiene la frecuencia exigible para constituir una característica. Véase, si no, su «Niña del Panamá», «2°

48' Latitud Sur» y, sobre todo, «Cartel electoral del verde», el poema más conseguido en este aspecto, en que, irresistible, como al héroe de la filosofía de Condillac, la sensación única nos absorbe: «Verde música del insecto», «...el redoblar del opaco tamborcillo verde de la rana», «La verde cólera del cactus».

Por lo que toca a la captación de los olores naturales, y notemos que en lo de ser naturales se distancia ya de Baudelaire, el gran sacerdote en estos dominios, nos parece haberse constituido en preocupación desde su hora vocacional, como puede traslucirse hasta en los títulos de sus primeros poemarios: «Estanque inefable» y «Guirnalda del silencio», puras categorías odoríferas, llegando a la estilización en «Joven desnuda»; pero Carrera Andrade persiste en su primera visión, dando al traste con la segunda a medida que sublima el mundo sensible en su universo íntimo.

Después de lo observado, parece inútil denunciar el aspecto realista de esa poética; pero su realismo — interpretativo, como en Malisse, como en Cézanne, — no es patrón extático, sino un arranque constructivo en la biología de su evolución, que alcanza alturas susceptibles de determinación y de contraste.

El primer ciclo de la poesía de Carrera Andrade tiene, a nuestro parecer, un centro teórico en la lámpara familiar, que es como su ex libris, con sus reminiscencias de Francis Jammes y su tono cordial y franciscano. El poeta que, como en «El Evangelio de la Sor», no rehuye el tema piadoso, canta, sobre todo, escenas domésticas, modalidad que alcanza su cúspide en «Rol de la manzana», pero cuyo eco no veremos del todo extinto. Abundan las textuales alusiones: la lámpara es remanso, y su llama callada y humilde invita al éxtasis; «El corazón enciende su lámpara de arcilla», mientras la cotidiana Pentecostés de la tarde: «baja en lenguas de fuego — y revela a los hombres la venida de Dios — en la flor de la sopa y en el grave silencio».

Señalemos esta sencillez emocionada que, como ahora, tiene, a veces, una religiosidad instintiva, y condensa el complejo cúmulo de accidentes encantadores de esa poesía hogareña que nuestro lírico ha tan inspiradamente denominado «La hora de las ventanas iluminadas».

Me parece que logra mostrarse fiel a este criterio en sus poemas del campo, en los que el paisaje, sin autonomía, es como un anejo o continuación de la vivienda. Naturalmente, esta visión se va modificando; la generalización de lo beatífico engendra lo pueril, cuando el poeta ha quemado ya todos sus cartuchos raciales—nuevo aspecto en su cronología

evolutiva —, como lo racial mismo, ya maduro, viene a dar origen a lo social, último estadio, hasta el momento, de esta producción de forma objetiva, pero tan subjetiva en el fondo.

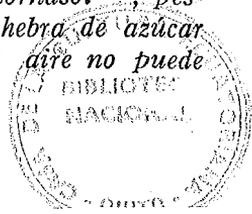
No se nos oculta la inexactitud de nuestra expresión cuando proponemos lo infantil como derivado o consecuencia de una poemática de hogar, siendo así, que puede encuadrarse toda ésta en el marco de la anterior, pues que todo buen hogar debe ser espejo de infancia y, cuando Armand Got ha considerado como netamente pueriles estas viñetas, yo me he asociado a su opinión de psicólogo creyendo que podía justificarse su inclusión en una antología como «La Poemeraie».

Entre los poemas que Carrera Andrade agrupa bajo el título «Texto del campo», pueden hallarse cosas tan perfectas en ese aspecto como un antólogo de poesía infantil podría desearlas. Ahí están «Parroquia», primorosa visión aldeana, «La vida perfecta», flor de ingenuidad en que se describe la vida apacible del conejo y que termina: «Con tus largas orejas jugarán en el cielo las almas de los niños», «La estrella del pastor roza los álamos», y algunos más. «Diciembre de los niños» es bellísima; «... Canalón de agua, — suena cual marmita que hierve —. La niebla es como el humo de la cena. Y los lentos paraguas son hongos que caminan. El corazón de los niños se llena de ese rumor con que asa la lluvia en su parrilla».

Supongo ardua esa teórica de la lírica menor, llamada infantil a cuyo esclarecimiento he dedicado muchas bellas horas de mi vida, sin que, hasta el presente, haya podido obtener conclusión más seria que la de definirla con las mismas cualidades que nos sorprenden en los niños.

Cuando se desvanecen los últimos humos de las chimeneas domésticas en la poesía de Carrera Andrade, la nota pueril asciende a cielos más abstractos, estilizándose en el «Micrograma». ¿Qué es un micrograma? Las poéticas tradicionales no saben nada de este recién-nacido, que tiene la gracia menuda de una simiente. No es una copla, aunque se parece al hay-kai, le falta agujón para epigrama, sería enigma si no lo declarara todo tan pronto; es demasiado lírico para greguería. Comprendo lo que esto debe decepcionar a los miniaturistas de árboles genealógicos. Pero yo sé que ni Apollinaire, ni Jules Renard, ni Gómez de la Serna, necesitan de estas mistificaciones para su gloria.

No todos los microgramas de Carrera Andrade son tan delicados como «Colibrí», ni tan ingeniosos como el «Caracol» o la «Nuez», ni tan encendidos como «Guacamayo»; pero siempre hay la posibilidad de un hallazgo. Véase «Colibrí»: «El Colibrí, — aguja tornasol —, pespunte de luz rosa — da en el tallo temblón — con la hebra de azúcar — que saca de la flor.» O «La pera»: «El zumbel del aire no puede



hacer girar su trompo verde.» Lo que da calidad a estos poemitas es la gracia, categoría infantil por excelencia. Una edición de «Microgramas» sería, pues, el mejor «Orbis pictus» para un muchacho.

No es, por otra parte, raro, hallar en el volumen de la obra lírica, imágenes con arquitectura de micrograma, como éstos, entresacados de «El Tiempo Manual»: «Los pájaros de Notre Dame son relieves con alas. En la ruleta de la Concordia, aposté al cero de la luna mi esperanza. Un domingo, al salir del Louvre, descubrí que el hielo es la estatua del agua». Y aun poemas constituidos exclusivamente con microgramas, como el bellissimo «Boletín de viaje», «El hombre del Ecuador bajo la torre Eiffel» y otros de «Boletines de mar y tierra», si bien responden, con frecuencia, a una posición más conceptual. No obstante, son más infantiles sus poemas «de miedo», y varios juegos líricos, a la manera de «Primavera y Compañía». Es la época del redescubrimiento de las cosas. «Entonces descubrí el rol de la manzana», dice el poeta que prefiere, como escribe Jarnés, «Saludar directamente a las cosas y no a sus reflejos retóricos; por eso esta poesía, como toda la auténtica, es un intento de regreso a la infancia del mundo. Es la que pone nombres nuevos a las cosas.»

Nótese cómo, desplazada la lámpara, viene a ocupar su puesto simbólico este «signo de la vida sencilla», para el que el poeta no escatima la ternura de los epítetos. Así pues, su poesía, despojada de la nota doméstica, evoluciona francamente, como ya hemos visto, hacia lo infantil puro.

Pero si, al modo de Juan de Timoneda, quiere mirar el mundo «con ojos de niño», su corazón es todavía lámpara, esto es, adolescencia. Porque nuestro Carrera Andrade tiene el mal gusto de llevar bajo las costillas ese peso muerto, cuando ni los poetas saben qué hacer con él. Y, mientras juega a los dados Hércules, él piensa como: «El Francisco, el Martín, el Juan: — Trabajando en la hacienda del cerro — los habrá cogido el temporal», es decir, piensa en sus indios, en sus hermanos irredentos, y en el campo, como en corral propio, ve arder la luna, lámpara de familia, sobre el velador de la noche.

Su «Cuaderno de poemas indios», que ha merecido ponderaciones de Gabriela Mistral, responde a este nuevo estado. Pero, más que la nota indígena, interesa la calidad del paisaje y el sentido social, menos agresor que defensivo, de estos poemas. Carrera Andrade «rehabilita el corazón», y será tan franciscano en el fondo de estos poemas indios, como en sus visiones de hogar y en sus microgramas.

Abundan las aposiciones, — este recurso tan personal en su técnica constructiva: «Iglesia frutera», Redobla en las orejas el «viento tambor».

Las descripciones tienen el sabor de ésta: «La loma estaba sentada en el campo, con su poncho a cuadros». Para terminar con la poesía combativa: «Flameaba el harapo de nuestro grito — en el palo más alto del aire —. Golpea el miedo en nuestras sienas». «Ochocientos bajamos de los cerros...». «A esta hora, casi todos descansan en la tierra grande». «A la orilla del viento acampó la canción. El fusil desplomó nuestro mensaje».

Con todo, no se considera como poeta racial a Carrera Andrade, ya que, en el conjunto de su producción, la nota india sólo es paréntesis de fuego. El mismo, en «Latitudes», monumento de su prosa, se dice, como Montalvo, ciudad ano del mundo, lo que le salva de la restricción de localismo, sin detrimento de sus ideas reivindicativas.

Fortifícale en esta nueva actitud el reactivo de los viajes, con las conversaciones y lecturas que en ellos se suceden, y si en ciertos poemas inmediatamente anteriores a sus viajes, se llega a la visión parcelada, propia del ojo del insecto, ahora, las fronteras se le derriban como naipes.

En «El camarada parte de la tierra natal», canta el poeta esta emoción, matriz de sus poemas de viaje, «de descubrimiento, de la alegría de partir a la aventura», como dice Pillement, refiriéndose a los «Boletines de mar y tierra», libro que, con el anterior, constituye las coordenadas espirituales de este itinerario.

Guillermo Díaz Plaja ha definido muy sobriamente el carácter de esa evolución del poeta: «la función de la geografía»; de la geografía humana, y mejor aún, humanitaria, de íntima compenetración con el ambiente, a lo Georges Duhamel. Distingamos, sin embargo, esta actitud que se manifiesta en «Latitudes», de la visión de «Ciudades de la línea» y «Mujeres y puertos», secciones correspondientes a «Boletines de mar y tierra», lo que no es difícil, en cuanto se puedan cotejar temas idénticos, como «Curazao», «La Isla de Trinidad», etc. Véase, por ejemplo, «Mar Caribe» o la magnífica «Meditación sobre el Mediterráneo», con inspiraciones de Valéry.

Pero el poeta, que ha visto el mundo «tras su reja cosmológica de paralelos y meridianos», sabe también de las incursiones fabulosas: «Dormían las islas vírgenes, a las orillas del cielo». Como en Camoens, este sueño, que es una compensación o un descanso, dura poco.

El sentido sociológico de la poesía de Carrera Andrade culmina, hasta ahora, en «El Tiempo Manual», su último estadio evolutivo. El poeta, dice Adolphe de Falgairolle, su traductor, en el prólogo de la edición francesa, que «ha sentido la necesidad de buscar a través del mundo una humanidad que grita su angustia, privada de oír las voces que consuelan, aporta al examen de nuestra catástrofe fatal, pero de

destino reservado, la generosidad que echa de menos en este siglo de egoísmos». En dicha obra ya es más conceptuoso Carrera Andrade, y, como indica Gómez de la Serna, «la metáfora llega a la esfera salvadora». La expresión es, a veces, retorcida, pero cuajada siempre de agudezas, disminuyen las características oposiciones, iniciadas en «Boletines», como reacción contra el adjetivo, tan desacreditado por el abuso de los románticos, y aun la novedad de los mismos, como el día «holandés», el mar «redondo», prefiriendo acudir ahora a los epítetos directos, lo que significa predominio del calor humano sobre el artificio arquitectural propio, sin detrimento de la técnica de la concentración de la imagen, que se acentúa, hasta llegar, en ocasiones, a una sensación de tipo metálico, de arquitectura de Le Corbussier.

Puede notarse el franciscanismo de esta etapa en el poema «Servicio»: «Las aguas del cielo, religiosas sirvientas de los árboles, — lavan, llorando, sus cortezas—», etc. La infantilidad, en «El cantón sin nombre»: «En mi cantón hay grupos de casas y ganado, — sacos de nubes que vierten el maíz de plata del granizo —, un cielo que abre y cierra súbitamente sus vidrieras — ... todos los insectos escapados de una tabla de multiplicar —, y un aire que manosea a toda hora las frutas. Una cascada escamotea sus espejos —, y precipita sus ovejas de agua — como un rebaño, por un desfiladero . . . —». «Los sapos centinelas avisan — cuando viene corriendo la lluvia con sus zancos». Ya hemos indicado la ingenuidad de «Edición de la tarde» y algún otro. En «El Tiempo Manual» aparece la ironía, retrasada floración de su humorismo de adolescencia. Pero el núcleo de esta última obra es un aliento reivindicativo; pura poesía social.

En «Soledad de las ciudades», el poeta condena el egoísmo que nos aísla. «Evasión del lunes», «Huelga», «III clase» y otras, acentúan entre su selva de árboles simbólicos, este humorismo amargo. En «Historia contemporánea» canta cómo «El vendedor de pescado, los voceadores de periódicos, y el hombre que muele el cielo en su organillo — se dan la mano, a la hora de la cena, — en las cloacas y bajo las axilas de los puentes —, donde juegan al jardín los desperdicios y sacan la lengua las latas de conserva —. Las sombras crecen más allá de los tejados puntiagudos — y van cubriendo la ciudad —, hasta ahogar en su pecho el relieve del mundo».

En los «Poemas de pasado mañana», aborda el problema de la superproducción: «El cielo izó su bandera sobre la usina cerrada». En contraposición con las doctrinas y los métodos, ve el poeta «... el alzamiento de los vegetales contra la Economía Política». El «Discurso anónimo» es impresionante.

Como se ve, lo racial acaba de convertirse en social; un vigor violento sustituye al misticismo franciscano, hasta producir en ciertos instantes la sensación equivocada de una poesía política o de partido; pero esto que puede constituir una limitación en la lírica desinteresada de Carrera Andrade, no es sino paréntesis biológico en el profundo sentido de espiritualidad que cristaliza siempre en el fondo espiritualizado de sus retortas.



R. OLIVARES FIGUEROA.

LA HORA DE LAS VENTANAS,
ILUMINADAS

PENTECOSTES DE LA TARDE



Cuando suenan las seis la luz hace las pascuas.
A las habitaciones baja en lenguas de fuego
y revela a los hombres la venida de Dios
en la flor de la sopa y en el grave silencio.

Las ventanas se cierran y se abren los armarios.
Se vuelca en el mantel la cesta de los panes.
Y los niños, sentados a la mesa casera,
ven posarse unas alas en la silla del padre.

Despide la sopera su letanía de humo.
El cucharón reparte el sueño de la noche.
¡Qué candor de los niños comparar a la luna
con la media naranja que sirven a los postres!

Cuando suenan las seis, por entre las maderas
muestra cada ventana un corazón rosado.
Aletea el silencio en torno a las bujías
y habla Dios desde el fondo de los grandes armarios.

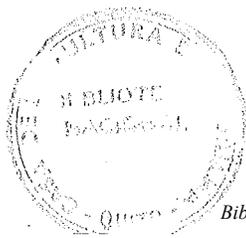
PARROQUIA



La luna pequeña: redomita de agua
llena, ah, siempre llena,
para el grillo calvo que viste sotana
y el ratón que tiene su cuarto en la mesa.

Para la col tímida que se siente monja,
el zorro que orina en el techo,
el rastrillo huraño, la humilde bellota
y la carretilla del heno.

¡Oh luna hortelana, luna oliente a flores
para el asno triste y hasta el lobo malo!
Redomita de agua que hace que se mojen
sobre la ventana las chancas del párroco.



ISOLINA

Envuelta en una limpia claridad de manzana
va la tía Isolina con su paso monjil
lavando el comedor. Es su mano liviana
al sacudir el agua un hisopo de abril.

Isolina es más blanca que la candeal harina,
más inocente y limpia que el nevado mantel
cuando desde la sombra rosa de la cocina,
hace sonar el tierno corazón del pastel.

Vara santa, florida de dulces intenciones,
emplea su piedad desde que sale el sol
en fabricar compotas, en airear los melones
y a estar una perla de llanto en el perol.

Isolina: un revuelo de ropa almidonada
que aletea turbando el comedor monjil,
un olor de melones y una mano nevada
que nos roza las sienes en la luna de abril

LA ESTRELLA DEL PASTOR ROZA LOS
ALAMOS



Ropa nueva del hermanito
bajo la pepa oliente y diminuta
en el arcón de cuero;
tabla del fondo que el ratón horada;
vidrio siempre despierto
que mira el interior como un sonámbulo;
barajas tan sabias como libros,
As de copas, con el licor dorado
del ángelus aún vivo;
frutas hechas de cera
por las manos de la abuela ciega.

Arcón, ya eres olor
y tu olor es espíritu.

Pequeñas almas ve el vidrio sonámbulo
que fugan del arcón desprevenido
y caen de rodillas, ahora que
a estrella del pastor roza los álamos.

DICIEMBRE DE LOS NIÑOS

Diciembre se ha puesto su delantal blanco
y abre una temporada su cocina.
Todo el día y la noche mantiene vivo el fuego
en las pobres ventanas. Espolvorea harina
sobre todas las cosas
y sirve uvas de vidrio en bandejas de hielo.

Para los niños trae colgada de su brazo
la Navidad, cestilla de buñuelos.

Canalón de agua: suena cual marmita que hierve,
La niebla es como el humo de la cena
y los lentos paraguas son hongos que caminan.

El corazón de los niños se llena
de ese rumor con que asa la lluvia en su parrilla.

MICROGRAMAS



COLIBRI

El colibrí,
aguja tornasol,

respuntes de luz rosa
da en el tallo temblón

con la hebra de azúcar
que saca de la flor.

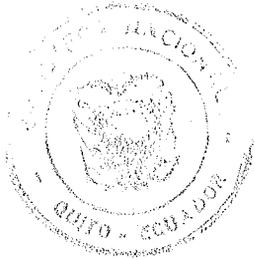
OSTION

Ostión de dos tapas:
tu cofre de calcio
guarda el manuscrito
de algún buque náufrago.

GUACAMAYO

El trópico le remienda
con candelas y oros su manto
hecho de todas las banderas.

CARACOL



Caracol:
Mínima cinta métrica
con que mide el campo Dios.

TORTUGA

La tortuga en su estuche amarillo
es el reloj de la tierra
parado desde hace siglos.

Abollado ya se guarda
con piedrecillas del tiempo
en la funda azul del agua.

NUEZ

Nuez: sabiduría comprimida,
diminuta tortuga vegetal,
cerebro de duende
paralizado por la eternidad.

LA MANZANA

Cielo minúsculo: en su torno
un ángel de olor está volando.

MECANOGRAFIA

Sapo trasnochador: tu diminuta
máquina de escribir
teclea en la hoja en blanco de la luna.

GOLONDRINA

Ancla de plumas:
por los mares del cielo
la tierra busca.

LA PERA

El zumbel del aire no puede
hacer girar su trompo verde.

ALFABETO



**Los pájaros son
las letras de mano de Dios.**

GRILLOS

Clavan su bandera azul los grillos
en el tope de la tarde
con martillitos de vidrio.

EL RATON

El ratón,
oficial de taller,
se pasa fabricando
virutas de papel.

Pst... La S señorial
y la i de los libros
le gusta deletrear.

LA ARAÑA

Araña del suelo:
charretera
caída del hombro del tiempo.

TEXTO DEL CAMPO

PRIMAVERA Y COMPAÑIA

El almendro se compra un vestido
para hacer la primera comunión. Los gorriones
anuncian en las puertas su verde mercancía.
La primavera ya ha vendido
todas sus ropas blancas, sus caretas de enero,
y sólo se ocupa de llevar hoy día
soplos de propaganda por todos los rincones.

Juncos de vidrio. Frascos de perfume volcados.
Alfombras para que anden los niños de la escuela.
Canastillos. Bastones
de los cerezos. Guantes muy holgados
del pato del estanque. Garza: ¡sombrija que vuela!

Máquina de escribir de la brisa en las hojas
oloroso inventario.

Acudid al escaparate de la noche:
Cruz de diamantes, linternitas rojas
y de piedras preciosas un rosario.

Marzo ha prendido luces en la hierba
y el viejo abeto inútil se ha puesto anteojos verdes.
Hará la primavera, después de algunos meses,
un pedido de tarros de frutas en conserva,
uvas — glándulas de cristal dulce —
y hojas doradas para empacar mis tristezas.

VIDA DEL GRILLO

Inválido desde siempre,
ambula por el campo
con sus muletas verdes.

Desde las cinco
el chorro de la estrella
llena el pequeño cántaro del grillo.

Trabajador, con las antenas hace
cada día su pesca
en los ríos del aire.

Por la noche, misántropo,
cuelga en su casa de hierba
la lucecita de su canto.

¡Hoja enrollada y viva
la música del mundo
conserva dentro escrita!

UNIVERSO

Luciérnaga:
linterna diminuta que se enciende en la hierba.

En la pequeña luz su serrucho descansa
el gusano que, oculto en la encina, trabaja.

Las avispas
en sus lechos se entregan al placer como niñas.

Maese Saltamontes
compone con aromas los guisos de la noche.

Caballito del diablo vuelve a su pesebrera:
se ha apagado en el campo la saltante linterna.

EL ESPANTAJO



El espantajo
un tráfico de brisas
ordena en los sembrados.

Cuida en el buen sol
la uva picada,
barril del gorrión.

En el circo del campo
danza y gesticula,
vegetal payaso.

Un ladrido azul
le da el horizonte:
mordiscos de luz.

Le invitan caminos
y le burlan pájaros
a vuelos y a silbos.

Y le da el ocaso
una cruz de sombra
al espantajo.

LA VIDA PERFECTA

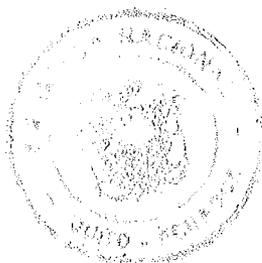
¡Conejo: hermano tímido, mi maestro y filósofo!
Tu vida me ha enseñado la lección del silencio.
Como en la soledad hallas tu mina de oro
no te importa la eterna marcha del universo.

Pequeño buscador de la sabiduría,
hojeas como un libro la col humilde y buena,
y observas las maniobras que hacen las golon-
drinas,
como San Simeón, desde tu oscura cueva.

Pídele a tu buen Dios una huerta en el cielo,
una huerta con coles de cristal en la gloria,
un salto de agua dulce para tu hocico tierno
y sobre tu cabeza un vuelo de palomas.

Tú vives en olor de santidad perfecta.
Te tocará el cordón del padre San Francisco
el día de tu muerte. ¡Con tus largas orejas
jugarán en el cielo las almas de los niños!

NOTICIAS DEL CIELO



EL CANTON SIN NOMBRE

En mi cantón hay grupos de casas y ganado,
sacos de nubes que vierten el maíz de plata del
un cielo que abre y cierra súbitamente sus vi-
Calabazas que duermen un sueño pesado en los
un torrente que sale de su cueva de monedero
legumbres matinales que viajan al pueblo en mula,
todos los insectos escapados de la tabla de mul-
y un aire que manosea a toda hora las frutas.

En mi cantón las flores ofrecen en sus mane-
[citas abiertas
o en sus pequeños puños cerrados
la esencia del silencio de la tierra.
Una cascada escamotea sus espejos
y precipita sus ovejas de agua
como un rebaño por un desfiladero.

En mi cantón los vecinos conocen de caballos,
las herraduras imitan la voz de las campanas,
los sapos centinelas avisan
cuando pasa corriendo la lluvia con sus zancos.
Bajo el órgano de colores del cielo
la cebada innumerable se arrodilla
y el horizonte recostado es un buey
que rumia pausadamente lejanías.

EDICION DE LA TARDE

La tarde lanza su primera edición de golon-
[drinas
anunciando la nueva política del tiempo,
la escasez de las espigas de la luz,
los navíos que salen a flote en el astillero del cielo,
el almacén de sombras del poniente,
los motines y desórdenes del viento,
el cambio de domicilio de los pájaros,
la hora de apertura de los luceros.

La súbita defunción de las cosas
en la marea de la noche ahogadas,
los débiles gritos de auxilio de los astros
desde su prisión de infinito y de distancia,
la marcha incesante de los ejércitos del sueño
contra la insurrección de los fantasmas
y, al filo de las bayonetas de la luz, el orden
implantado en el mundo por el alba. [nuevo.

CARTEL ELECTORAL DEL VERDE

Verde marino, almirante de los verdes.
Verde terrestre, camarada de los labradores,
innumerable anticipo de la felicidad de todos,
cielo infinito del ganado que pasta frescas eter-
[nidades.

Luz submarina del bosquecillo
donde plantas, insectos y pájaros viven consu-
[miéndose
en el amor callado de un dios verde.
Olor verde de la carnosa cabuya
que en su marmita vegetal elabora
un profundo licor hecho de lluvia y de sombra.

Mesa tropical donde suda con su penacho verde
la cabeza tatuada de la piña.
Arbustos de jorobas verdes,
parientes pobres de las colinas.
Verde música de los insectos que cosen sin cesar
el paño grueso de la grama,
los zancudos que habitan los violines
y el redoblar del opaco tamborcillo verde de la
[rana.

La verde cólera del cactus
y la paciencia de los árboles que recogen en su
[red verde
una pesca milagrosa de pájaros.
Todo el verde aplacador del mundo
ahogándose en el mar, trepando las montañas
[hasta el cielo
y corriendo en el río — escuela de desnudez —
y en la vaca nostálgica del viento.

SERVICIO

Las aguas del cielo, religiosas sirvientas de los
[árboles,
lavan llorando sus cortezas
y sirven cubos llenos a la sed de las ramas.
Nodrizas de los frutos niños,
los mecen con un canto de frescura
aprendido en su viaje vertical por la atmósfera.

Sólo los pájaros saben su aventura:
la ascensión colectiva por rutas de calor,
el vuelo lento en el dirigible de una nube,
la maniobra aérea de las falanges transparentes
y su vuelta a la tierra en claras muchedumbres.

PROLOGO

SENTIDO EVOLUTIVO DE LA LIRICA EN JORGE CARRERA ANDRADE, POR R. OLIVARES FIGUEROA	9
---	---

LA HORA DE LAS VENTANAS ILUMINADAS

PENTECOSTES DE LA TARDE.....	19
PARROQUIA	21
ISOLINA	23
LA ESTRELLA DEL PASTOR ROZA LOS ALAMOS....	25
DICIEMBRE DE LOS NIÑOS.....	27

MICROGRAMAS

COLIBRI	31
OSTION	32
GUACAMAYO.....	33
CARACOL	34
TORTUGA	35
NUEZ	36
LA MANZANA.....	37
MECANOGRAFIA.....	38
GOLONDRINA.....	39
LA PERA	40
ALFABETO	41
GRILLOS	42
EL RATON.....	43
LA ARAÑA	44

	<u>PAGS.</u>
TEXTO DEL CAMPO	
PRIMAVERA Y COMPAÑIA	47
VIDA DEL GRILLO.....	49
UNIVERSO	51
EL ESPANTAJO	53
LA VIDA PERFECTA	55

NOTICIAS DEL CIELO	
EL CANTON SIN NOMBRE	59
EDICION DE LA TARDE.....	61
CARTEL ELECTORAL DEL VERDE.....	63
SERVICIO.....	65

Ya repartidos por igual todos sus cántaros,
las aguas desanudan sus anzuelos frescos
y van a pescar burbujas en las charcas,
esas provincias líquidas del cielo.

F I N

I N D I C E